

fanatismo envalentonaba á estos y los soldados del rey permanecían indiferentes á la causa por que se lidiaba, de modo que Carlos tuvo que venirse á buenas y ordenar la próxima convocación de un sínodo y un parlamento escoceses.

Carlos necesitaba de alguno que lo sostuviera; oficio que desempeñó primeramente Buckingham, luego la reina, y en seguida Laud, el cual sistematizó la Iglesia anglicana. Cuando surgieron las complicaciones de la escocesa, Carlos se apoyó en Strafford, hombre de energía é inteligencia, que habia mostrado grandes dotes en el gobierno de Irlanda, y que aconsejó la adopción de providencias fuertes y decisivas.

El sínodo y el parlamento, reunidos en Escocia, aumentaron la agitación de los ánimos; y Carlos, confiando en el odio de los Ingleses contra los Escoceses, convocó un parlamento en Londres para que se le proveyese de dinero, pues no podia conseguirle sin su acuerdo. El pueblo se alegró al ver otra vez aquella salvaguardia de la libertad. El parlamento no mostró una oposición sistemática, limitándose á pedir que se hiciese justicia á sus reclamaciones antes de votar los subsidios. Presentó, pues, una súplica, como era costumbre; pero no á los lores ni al rey, sino al pueblo é impresa; no ceñida á sumisas advertencias, sino recapitulando todos los actos del poder que no se querían tolerar mas. El rey, habituado al despotismo hacia once años, cerró el parlamento á las tres semanas.

Strafford habia obtenido grandes sumas del parlamento irlandés, y con otras que le proporcionó el clero anglicano y otras que reunió de donativos voluntarios, creyó tener bastante para emprender la guerra de Escocia, aunque el pueblo de Londres hacia votos por aquellos rebeldes. Pero el ejército conducido por Carlos y por Strafford no tardó en dispersarse; peticiones de paz llovían sobre el rey, que asustado de estas y del implacable vigor de Strafford, decidió convocar un nuevo parlamento, que fué llamado Largo.

Venia este parlamento con la irritación consecuenta á cinco tentativas para destruirlo, cuyo mal éxito mostraba cuán necesario era al rey. Desde el principio se mostró, pues, enemigo de la corona, pero era imposible prever el resultado de tal pugna. La cámara baja, representante de la clase média, prevalecia sobre la de los pares, símbolo de la aristocracia; pero no tendía á abolir la autoridad real, contentándose con refrenarla. Por lo tanto cada uno empezó á proclamar las quejas de su país, de las cuales resultaba como una proscripción general de los agentes del poder, calificándolos de delincuentes. Este golpe asustó á la corte y alentó á los oprimidos; empezaron de nuevo las reuniones, y la palabra libre retumbó.

Strafford conoció que estaba perdido, tanto mas cuanto que el partido de la reina, al cual no habia querido halagar nunca, le achacaba todas

las providencias demasiado fuertes. Carlos, sin embargo, no le consintió retirarse: « Vuestros consejos me son necesarios, le dijo, y tan cierto como soy rey de Inglaterra, os juro que nadie tocará un cabello de vuestra cabeza. » Apelando al último recurso en vista del peligro que le amenazaba, Strafford acusó atrevidamente ante la cámara alta á los jefes de la de los Comunes, que habian ayudado á los Escoceses. Pero Pym le previno, acusándole de alta traición, y sostenido por los Comunes, llevó la acusación ante los lores, que la admitieron; Strafford fué preso, condescendiéndose así por la primera vez con el espíritu público.

Los Comunes, envalentonados, ejercieron un poder de que ya no podia privárseles, y ante todo hicieron adoptar puntos sobre los cuales se estaba públicamente de acuerdo; la renovación trienal del parlamento, la inamovibilidad de los jueces, la abolición de los tribunales excepcionales, de las prisiones arbitrarias, de los impuestos ilegales, la publicidad de las cuentas, la responsabilidad de los ministros. Solo que de estos se pasó á muchísimos otros insignificantes y contradictorios, y la elevación que faltaba en política á la cámara le fué dada por la religión.

Oliverio Cromwell no es el principal personaje de esta revolución, pero siguió sus fases, y en su carácter y política se ven delineados los partidos. Sus detractores quisieron hasta suponerle un origen oscuro y una educación pésima; pero era de familia sajona, rica y noble, emparentada con los Estuardos. Recibió una educación austera, cual convenia á los nuevos reformados y puritanos, y vivió como los suyos modestamente, disfrutando de comodidades campestres, no sin crédito. Los que han querido pintarle como un impostor astuto, ignoran que solo en la persuasión está la fuerza. Por lo demas, el grotesco historiador Carlisle publicó la correspondencia privada de Cromwell, que revela una profunda convicción en todas las épocas de su vida, un fanatismo capaz de insinuarse en los otros y de convertirle en héroe de la revolución puritana. Como otros puritanos no tolerados, queria pasar á América, cuando una real prohibición le detuvo en el Continente. Entró en el parlamento de 1628 sin meter ningun ruido, y asistió silencioso á aquellas primeras discusiones donde Pym, Cook y el presidente lloraron al ver la obstinación del rey en sostener á su favorito Buckingham. El único temor de Cromwell era que los papistas prevaleciesen sobre los lectores de la Biblia; y cuando se examinaron los abusos eclesiásticos, denunció á algunos obispos como sospechosos de actos políticos.

Habiéndose retirado, se ocupó mas bien en las cosas eternas que en las temporales, hasta la convocación del parlamento de 1640. Pasó el primer año sin que nadie reparase en él, como un noble del campo, rústico, que no se distinguía por las riquezas, el ingenio ni las intrigas;

solo que un celo en extremo fervoroso de su opinión le colocaba entre los mas avanzados en las opiniones particulares. Pero el partido religioso perdia mucha de su fuerza por la demasiada subdivision de opiniones y de sectas que mutuamente se hostilizaban.

No marcharon de acuerdo sus miembros mas que en renovar las severísimas proscripciones de Isabel contra los Católicos; y ademas simplificaron el culto, quitando de las iglesias los adornos y las imágenes que recordaban el papismo, y que Laud habia restablecido. Fuera de estos puntos, disentan enteramente. Los Escoceses, causa primera de la convocación del parlamento, pedían se aboliese el episcopado, y propagaban con fanático ímpetu sus creencias. Pero esta constante predicación excitó mala voluntad contra los que pretendían imponer á la ilustrada Inglaterra un culto que apenas convenia (decían) á los Bárbaros de los Clanes. Jacobo lo habia dicho: « Faltando los obispos, no habrá ya reyes; » por eso querían conservar la jerarquía eclesiástica todos los que deseaban se conservase la monarquía bajo la tutela popular.

Los puritanos eran hombres que se habian formado un carácter particular en los hábitos de la vida espiritual. Siempre en contemplación ante seres de naturaleza superior, siempre absortos en el pensamiento de la eternidad, no contentos con admitir una Providencia omnipotente, atribuían el mínimo evento á la voluntad del Altísimo, cuya incesante autoridad abrazaba todo, cuyos ojos velaban sobre el mas pequeño átomo. Conocerle, servirle, gozar de su presencia; tal era la principal ocupación de su vida. Rechazaban con desden el ceremonioso homenaje que las demas sectas sustituían al culto puro de las almas; en vez de entretener de tiempo en tiempo la Divinidad al traves de un velo, aspiraban á resistir su inmortal brillo y á comunicar cara á cara con ella. De aquí su desprecio hacia las distinciones de la tierra; pues la diferencia entre el primero y el último de los hombres parecia desvanecerse, en comparación de la inmensidad que separaba á toda la raza humana del Ser en quien tenían fijos siempre los ojos. No reconocían otros títulos ni mas superioridad que el favor de Dios; y seguros de alcanzarlo, rechazaban las dignidades y los honores que les ofrecía el mundo. Si eran ignorantes en cuanto á obras de filósofos y poetas, no así en los oráculos de Dios, en que se habian abismado. Sus nombres no figuraban en las listas de los heraldos de armas, pero tenían esperanza de leerlo un dia en el libro de la vida; no llevaban un magnifico tren de esclavos, pero les servían de escolta legiones de ángeles; sus palacios no eran de piedra y cal, y las diademas de sus frentes resplandecían con eterno brillo.

Así en el puritano habia dos hombres distintos: uno todo humildad, penitencia, gratitud, pasión mística; el otro orgulloso, tranquilo,

inflexible, sutil; postrábase en el polvo ante su Dios; pero ponía el pié sobre la cabeza de su rey; en su devoto retiro suplicaba con lágrimas y sollozos; tenia las gloriosas y terribles alucinaciones de un loco; oía las armonías de los ángeles y los rugidos del tentador; percibía un rayo de la vision beatífica, ó se despertaba asustado con un sueño del fuego infernal. Creíase, como Vane, armado del cetro del año milenario; y como Fleetwood, exclamaba amargamente que el Señor habia desviado de él su rostro. Pero cuando se sentaba en el consejo, ó ceñía la espada para combatir, no se percibía la huella de las luchas borrascosas del alma.

El entusiasmo podia arrastrarles alguna vez á un fin justo, pero nunca á escoger malas sendas, iban por el mundo como los Talos de la *Reina de las hadas* de Spencer, ó el hombre de hierro de sir Arzegal con su azote; combatiendo y derribando á los opresores, mezclándose con seres humanos, pero sin nada comun con las humanas flaquezas; insensibles á la fatiga, á los placeres, á los dolores; invulnerables á toda clase de armas; no retenidos por ninguna clase de barreras.

Tal nos parece el carácter de los puritanos. Callamos sus absurdas maneras; nada decimos de la triste severidad de sus hábitos domésticos; reconocemos que su inteligencia se extravió á menudo, á fuerza de querer alcanzar cosas superiores á la inteligencia de los mortales; sabemos que, profesando odio al papismo, cayeron demasiadas veces en los defectos que á este se reprenden, la intolerancia y la extravagante austeridad; y tuvieron anacoretas y cruzadas, milagros, casuistas, inquisición. Sin embargo, bien pesado todo, no vacilamos en proclamarlos hombres valerosos, hábiles, sinceros, útiles.

Adoptaron la causa de la libertad civil, solo por ser causa de la religión; pero hubo otro partido, no nuevo, aunque sí señalado por el saber y el talento, que los ayudaba, fundado en motivos muy diferentes. Hablamos de aquellos á quienes Cromwell solia llamar paganos; personas que, segun la fraseología de la época, eran ó Tomases sumidos en la duda, ó Galiones indiferentes en materia de cuestión religiosa; pero apasionados partidarios de la libertad, exaltados por el estudio de la literatura antigua, que se forjaban un idolo de su patria y se proponían como modelo los héroes de Plutarco; algo semejantes á los Brisotinos de la Revolución francesa; sería difícil, no obstante, tirar una línea divisoria entre ellos y sus devotos aliados, cuyo tono y maneras creyeron á veces conveniente afectar, si, como es probable, no los adoptaron alguna que otra vez imperceptiblemente.

En medio de estas disidencias empezaban á surgir los independientes, colocados entre los episcopales, los puritanos y las demas sectas. Para ellos todo hombre era sacerdote, inspirado por Dios, y toda la religión consistía en la libre

» soldados aventureros, que prolongamos una situación desastrosa para disfrutar sus ventajas; dice que los individuos de ambas cámaras, habiéndose proporcionado grandes empleos y mandos, quieren perpetuarlos en sí, haciendo que la guerra no se concluya. El pueblo no lo sufrirá mas tiempo, y ya el crédito del parlamento está en decadencia. La acusacion es igual para todos; y el único remedio que resta es renunciar cada uno á sí mismo, sacrificar el interes personal al público, aceptando la decision del parlamento cualquiera que sea.»

Era esto tan conforme á las opiniones del partido dominante que la camara de los Comunes (9 de diciembre) aceptó la *renuncia de sí misma*, que la excluía de la direccion del ejército: la de los pares tuvo que acceder tambien, de modo que el parlamento perdió el poder ejecutivo; y mientras en la cámara dominaban los calvinistas, los independientes prevalecieron en el ejército, unido todo bajo las órdenes de Fairfax.

Cromwell quedaba herido por su misma proposicion, y en consecuencia excluido del mando; pero sabia que Fairfax le era fiel, que todo el ejército le pedía, y en especial sus valientes, como la única persona capaz de asegurar el triunfo; así la cámara se vió obligada á prorogarle el privilegio del mando. Y él justificó la eleccion, pues con la victoria de Naseby (1645, 14 de junio) redujo á la desesperacion la causa del rey Carlos, el cual, abandonado de los suyos, habiendo perdido á Bristol, sin asilo en Inglaterra, se refugia en el campo de los calvinistas escoceses, confiando en la comunidad de patria. Pero esta se olvida tratándose de religion; por lo tanto, aquellos que le habian atraído con falsas esperanzas, pero que no tenian ninguna razon de sostenerle, le entregaron al parlamento. El cautiverio pareció realzar la fortuna de Carlos, árbitro entre ambos partidos. El parlamento creyó terminada la lucha, y pensó efectivamente licenciar las tropas, árbitro de la revolucion y en cuya mano estaba detenerla.

Políticamente el parlamento no pensaba destruir el poder real, ántes bien conservaba con cuidado las formas de respeto. Tampoco el pueblo odiaba la corte, viendo en todo esto una mera lucha de partidos, deseando ante todo la paz, luego aprovechándose de la guerra para despojar á amigos y enemigos. Cuando el rey fué conducido á Londres, el pueblo le festejó en todo el tránsito; y aunque las cartas que se le encontraron y publicaron probaban que habia obrado siempre de mala fe y que aspiraba al poder absoluto, aun por medio de extranjeros y hasta de asesinos, no por eso el pueblo cejaba un su respeto dinástico. Así, pues, si el parlamento, ahora que tenia entre sus manos al rey, se entendia con él y le hacía aceptar las proposiciones, el gobierno monárquico quedaba restablecido.

Pero licenciado el ejército, los independien-

tes tornaban á ser la faccion menor y mas desparrramada; mientras que las Iglesias anglicana y calvinista, ambas intolerantes, reprimirian la libertad de conciencia, y ellos serian perseguidos como traidores y herejes.

Cromwell reanimó el ardor, no ya en el parlamento, sino en las tropas, y desde entónces puede decirse empezó la revolucion, no estando ya en lucha dos Iglesias protestantes y sin objeto político, sino el ejército con el parlamento, sin ninguna apariencia de legalidad política. El ejército se negó á dejar las armas, si ántes no se le pagaban los sueldos atrasados, y se le ofrecian garantías, señalándose ademas pensiones á las viudas y los huérfanos. Declaróse permanente, y formó un parlamento militar con dos cámaras, elegida una por los oficiales y la otra por los soldados.

El parlamento civil, sin fuerza é incapaz de resistir á las insolentes pretensiones de las tropas, tuvo que pedir apoyo al rey y á los ciudadanos, y parecia próximo á transigir con Carlos, accediendo á lo que este reclamaba. Cromwell, que no queria semejante arreglo, hizo que el ejército se apoderase del monarca. «Ahora que tengo en mis manos al rey, llevo al parlamento en el bolsillo,» exclamó, y uniendo al ejército con el rey, creía poder dominar á las cámaras. Á Carlos no dejaba de convenirle esta liga, pues no pudiendo esperar ya el triunfo la Iglesia anglicana, debia aborrecer la intervencion calvinista, constante blanco del parlamento; al contrario, las tropas toleraban todos los cultos, de modo que sus proposiciones fueron mas moderadas; dejaban subsistir los atributos mas esenciales de la real prerogativa, y solo exigian se quitase al clero todo poder civil y coactivo. Parece que hasta allí Cromwell creía conveniente á la seguridad pública el restablecer la autoridad real, como barrera contra la eclesiástica que queria restringir; pero á la sombra del monarca pretendia él dominar, reservándose el mando en el ejército, dando el gobierno de Irlanda á su yerno y los primeros grados en el ejército á sus amigos. Quizá de este modo hubiera efectuado tranquilamente lo que la obstinacion del rey le arrastró á ejecutar con violencia.

El ejército y Cromwell deseaban, pues, venderse, pero caros; queríanlos Carlos mas baratos, y no hizo caso de los suyos que le aconsejaban que admitiese. Halagado por sus relaciones con extranjeros, en vez de aceptar al ejército como árbitro entre él y el parlamento, se figuraba que pronto le llamarían á él como árbitro entre el parlamento y el ejército, creyendo imposible que ni aquel ni este dominasen en Inglaterra. Respondió por lo tanto á los comisionados del ejército: «Nada podéis sin mí, y vuestro partido viene á tierra si yo no lo sostengo.» Ignoraba la fuerza que adquieren los partidos, colocados en el último extremo. La indignacion reanimó el entusiasmo y alejó toda idea de arreglo.

Pero en semejante senda se necesitaba triunfar á la par de los amigos del monarca y de los del parlamento, hacer obrar á las tropas, y conservar sin embargo en ellas el respeto á las leyes del país y á la disciplina. Tanto prometian el celo y la union del ejército, especialmente hallándose Inglaterra despedazada por facciones.

Quando el rey, que se hallaba á la sazón en la isla Wight (1649, 11 de noviembre), rechazó las últimas proposiciones del parlamento, este se mostró irritado, hasta pedir un individuo de su seno que no se dirigiesen mas á él, obrándose con independencia respecto á los negocios públicos. Cromwell se declaró abiertamente contra el rey, como hombre de quien nadie podia fiarse, y encargó que no se disgustase al ejército, pues de él era de quien debian esperar apoyo y salvacion. Esta era una amenaza, y se decidió no enviar mensajes á Carlos ni recibirlos suyos, so pena de alta traicion (1648). Los pares vacilaron, pero los obligó á convenir en ello una peticion de los soldados; debilidad que mostraba el predominio de estos.

Inglaterra, aun realista, se estremeció y protestó como si tratase de una traicion; en Londres y en los condados estallaron motines y se organizaron conjuraciones; donde quiera habia sublevaciones, incendios, armamentos; la escuadra, al grito de *viva el rey* se dió á la vela con direccion á Holanda, donde estaba la reina. Escocia, disgustada de ver sucumbir á los presbiterianos, puso en pié de guerra cuarenta mil hombres para invadir á Inglaterra y sostener al rey y el *covenant*. No era, pues, insensata en Carlos la esperanza que fundaba en el amor del pueblo; pero en los grandes casos es preciso saber aprovecharse de las ocasiones, y á él, por el contrario, le faltó el atrevimiento ó la prudencia, dotes que poseian en alto grado sus enemigos.

Si se lograba vencer á los sublevados, el parlamento quedaba vencido tambien; si se vencía al ejército, el rey era el dueño de la situacion, y el parlamento quedaba anulado. Este procuró salvarse, declarando que podria seguirse negociando con el rey, y que no se alteraria el gobierno fundamental del reino compuesto de un rey y de dos cámaras; pero era demasiado tarde, y la iniciativa no le pertenecia ya.

La guerra civil ardia, y en ella era parte principal Cromwell, secundado por Fairfax. Alegre de tener esta ocasion en que usar de la fuerza, derrotó á los Escoceses, y los persiguió hasta su país, una vez alcanzada esta victoria, se decidió á someter el parlamento. Habiéndolo circuido de soldados, intimó á los representantes que se marchasen. — «¿Con qué derecho? — Con el de la espada.» *Purgó* de este modo el parlamento, no dejando mas que independientes, que acusaron al rey, y nombraron una comision que le juzgase. Cromwell se instaló en el palacio de Whitehall, y dió gracias á Dios (1649).

Carlos se portó en el curso del proceso (20 de enero) con la dignidad propia de un hombre acostumbrado á las adversidades, sin cejar un solo paso en sus opiniones sobre el derecho divino de los reyes. «Carlos Estuardo, al subir al trono de Inglaterra, recibió en depósito una autoridad limitada; despues hizo la guerra al pueblo y á sus representantes para ampliar la real prerogativa; por eso le declaro ramos tirano, asesino, enemigo del país.» Mentian; pues Carlos habia nacido rey, recibiendo el poder, no en depósito, sino por derecho de nacimiento. Su única limitacion era la fuerza; esta le habia derribado, y los súbditos vencedores *querian* que muriese. Los reyes Tudor y Estuardo, atrayendo á sí la plenitud del poder monárquico, se constituyeron únicos responsables de los abusos de la autoridad real; debian, pues, expiarlos. No habia mas razon. El pueblo, asustado y ceñido de soldados, no se movió, y triunfaron los independientes.

Ocho dias despues del suplicio de Carlos (7 de febrero) la cámara dictó el decreto que sigue: «La experiencia ha probado, y esta cámara declara, que el oficio de rey en este país es inútil, oneroso y peligroso para la libertad, la seguridad, el bien del pueblo; queda de consiguiente abolido.» El dia ántes habia sido disuelta la cámara de los pares; los negocios públicos se cometieron á un consejo de Estado; reclamábase al mismo tiempo libertad de conciencia, las leyes en el idioma nacional, la igualdad de todos ante ellas, el rápido juicio de los presos, la exclusion de la fuerza militar de todo asunto civil. Habia tambien quien pedía la distribucion igual de los goces y de las prerogativas, la suspension de toda ley, y que la individualidad se sustituyese al principio de la comunidad que habia dominado hasta entónces. Era natural que se calificase á estos últimos de turbulentos y de chusma, y que la historia ratificara el juicio contra tales niveladores.

Cromwell se opuso con energía á las teorías antisociales, y constituyó una república posible; en seguida trató de reprimir el presbiterianismo y el Catolicismo, entrambos favorables á los Estuardos.

Dejando á Fairfax de generalísimo del ejército, Cromwell, contento de ocupar el segundo puesto, marchó á someter la católica Irlanda (1650). Como los Hebreos conquistaron la Palestina, así los Ingleses la Irlanda, exterminando á los hombres y repartiendo la tierra entre los vencedores; pero desde la antigüedad no se habia ejercido con tanto furor el derecho de guerra, y causa horror la frialdad con que los jefes de la expedicion cometian las mayores atrocidades. Cromwell, que no escribia ninguna carta á sus amigos y familia sin suplicarles que rogasen por él, refiere la mortandad de los Irlandeses, y concluye: «Lo siento, pero Dios lo ha querido.»

Vencidos los anglicanos en Inglaterra, y los

é inmediata comunicacion de cada individuo con la Divinidad. Inútiles eran, por lo tanto, para ellos el culto, la religion; el hombre solo subsistía ante Dios.

Lutero, negando el libre albedrío, sustrajo al hombre de toda tutela y direccion eficaz con respecto á su salvacion; pero poniendo en Dios únicamente la razon de nuestros méritos, y en la fe la única comunicacion entre la conciencia y el Cielo, preparó la opresion de los individuos en nombre de Dios, ó la absoluta soberanía individual, segun se interpretase su sistema, como medio ó como fin de la salvacion. Creyó impedir el abuso, reconociendo al poder temporal, ó á la ley el derecho de gobernar las sociedades políticas; pero la barrera era arbitraria, y pronto los anabaptistas se sometieron al despotismo sacerdotal, como mas tarde los independientes predicaron la emancipacion del individuo.

Dos ventajas proporcionaron á Inglaterra. Proclamando la inviolabilidad individual, llegaron á la libertad de conciencia; no aceptando ninguna regla religiosa, á excepcion de la que el individuo se revelaba á sí mismo en sus comunicaciones directas con Dios, eran tolerantes en cuanto á la manera de adorar al Ser Supremo, ménos respecto de la católica.

Cárlos hubiera podido aprovecharse de tales discordias. Hubiera acertado llamando á tomar parte en el poder á los jefes de ambas cámaras, y á sentarse en los escaños de su consejo privado á algunos opositores. Pero viendo á la cámara baja tan disidente entre sí, creyó que no podia esperar nada de ella, y que mejor le apoyaría el ejército compuesto de nobles descontentos, los cuales clamaban contra el parlamento, y pedían marchar sobre Londres. Descubriose su intencion, y los Comunes, poniéndose de acuerdo contra el general adversario, decidieron aterrar á Cárlos hiriendo á Strafford. La acusacion de alta traicion no era sostenible, aunque Strafford pareciese hostil á las libertades populares; pero los Comunes traspasaron las formas y le hicieron condenar por la cámara alta. El rey le abandonó débilmente, y su cobardía resaltó mas por la generosidad con que Strafford padeció y murió. (1641, 15 de mayo.) Rey débil y rey perdido son una misma cosa.

La muerte de aquel ministro dejaba sin apoyo á Cárlos, el cual sintió entonces pesar sobre él las medidas cuyas consecuencias le tocaban inmediatamente. Viendo cuánto repugnaba al genio inglés la política traída por el de Escocia, esperó poder apoyarse en los Escoceses, y servirse de las antipatías nacionales y de la proteccion de Francia; mas esta tentativa se le frustró como todas.

Quedaba la Irlanda católica. ¿Estaría mas dispuesta á sostener al rey? Pero cabalmente de ahí partió el golpe que inclinó la balanza: aludimos al famoso degüello de todos los pro-

testantes del país, que se habian aprovechado de los motines de Inglaterra y Escocia para elevarse. Este golpe irritó al pueblo, y aumentó el poder de los enemigos de la corte, los cuales, haciendo circular la noticia de que el rey y la reina lo habian excitado, mostraban la necesidad de proteger su seguridad contra iguales atentados. La cámara acogió estos miedos y estos odios, y habiendo el rey, para purgarse de ellos, llevado el asunto al parlamento, los Comunes se aprovecharon de la ocasion y publicaron la *Amonestacion*, en que se erigian en consejeros del rey. Desde entonces las dos soberanías se colocaron frente á frente, y se aclararon las pretensiones reciprocas; de modo que si el rey no consentia en inclinarse ante la supremacía de la cámara y renunciar á lo que estaba acostumbrado á considerar como su derecho, no quedaba mas remedio que apelar á la fuerza.

Con esto se proporcionaba tambien como un punto de reunion á los disidentes; pero los nobles de las ciudades, los soldados de fortuna, los legistas que tomaban aires aristocráticos, juzgaron exuberante el poder de los Comunes, y se acercaron al rey, que habian sido los primeros en censurar, pero que ahora no querian que sucumbiese á los golpes de la clase média. Al contrario, el pueblo que vivía del comercio, conoció entonces los vínculos que le unian al parlamento, y deseó robustecerlo. Así empezaron á usarse los títulos de *caballeros y cabezas redondas*, á cuyo nombre se renovaban diariamente las injurias y los motines. El parlamento, para dar pasto á los puritanos, y que no viniesen luego pidiendo la completa abolicion del episcopado, quitó á los obispos todo derecho político, y aun el de sentarse en la cámara alta. Por su parte el rey, creyéndose fuerte con el apoyo de los caballeros, osó acusar de alta traicion á los jefes de ambas cámaras. Pero los Comunes rehusaron entregárselos, aunque fué á buscarlos en persona, y la misma resistencia encontró en el consejo de la ciudad, que les habia dado asilo.

Cárlos comprendió la humillacion á que se trataba de reducir al rey. « Si os concediese estas pretensiones (respondió á los comisionados del parlamento), se vendría aun hácia mí con la cabeza descubierta, se me besaría la mano, se me llamaria majestad; vuestros mandatos llevarian aun la fórmula de voluntad del rey, expresada por las dos cámaras; podria aun hacerme preceder por la maza y la espada, y divertirme viendo el cetro y la corona; ramas estériles despues de muerto el trono; pero yo no sería mas que una imágen, un fantasma de rey. » En consecuencia, dispuesto á emplear la fuerza, abandonó á Londres, marchó á buscar apoyo en la nobleza de los condados, y se estableció en York, convertida en capital del rey, mientras que Londres lo fué del parlamento. Desde allí ajustó la paz preparándose al combate; y rodeado por

todos los que se habian declarado á favor de la real prerogativa.

La cámara, lejos de acobardarse, vió la necesidad de parecer y de ser fuerte. Aquella parte de la nobleza que conservaba la antigua envidia contra la monarquía, secundaba á la clase média, sola ahora en la cámara, pero no pensó esta aun en abolir la autoridad real; antes bien siguió negociando con el monarca, y propuso condiciones que debían ser luego la base del gobierno representativo. Entonces la cámara acordó que el rey no podría oponer su veto á las leyes que el parlamento decretase; que el mando de las tropas no le correspondía esencialmente; que el alistamiento se haría, no en su nombre, sino en el de las cámaras; que la seguridad pública podia inducir al parlamento á enseñorearse de los arsenales y de las fortalezas. Tenemos, pues, al parlamento armado; por una gran mayoría se decretó la guerra contra los realistas, confiándose al conde de Essex, juntamente con el mando, la mision de conducir al rey á Londres, en union de sus hijos, separándole de péfidos consejeros (1642, 9 de julio). El rey, no obstante la nueva orden, alistó soldados, como si estuviese decidido á recobrar con la fuerza lo que habia perdido con la legalidad, y dió así al parlamento el aspecto de provocado.

Al reinado del derecho histórico sucedió de este modo el reinado de la voluntad y de la audacia, engrandeciéndose á su sombra Cromwell, el hombre resuelto. Cromwell conoció la situacion, y mientras en el triunfo de la Amonestacion veían los liberales el triunfo de la Iglesia calvinista sobre la anglicana (1), él vió sucumbir ambas ante la libertad de conciencia, é impelió al parlamento hasta el punto de llegar á ser todo. Hasta allí se habia visto solo á la clase média de Inglaterra aliarse con los calvinistas de Escocia, para restringir la autoridad del rey y de los obispos, sin destruirlos. Cromwell era independiente, es decir, estaba persuadido de la inspiracion individual, que concitando los ánimos, creaba soldados invencibles y aseguraba así la revolucion. Una constitucion es idea tan complicada y tan fácil de adulterarse que no es posible excite á hacer sacrificios fanáticos. Cromwell desterró aquel aletargamiento, proponiendo mas alto fin; la adquisicion del paraíso.

Comprendió que le bastaban un puñado de entusiastas para elevarse mucho mas, y triunfar de la política del rey y del parlamento. Dejó, pues, la palabra por la espada, y consiguiendo ser capitán de caballería, levantó en su provincia una compañía de gente selecta. En la caballería consistía aun el vigor de la guerra;

(1) En algunos artículos de F. Charles en la *Revue des Deux mondes*, aparece Cromwell como representante del mas puro calvinismo. Dichos artículos han sido publicados á propósito de la obra de Tomás Carlyle, *Letters and speeches of O. Cromwell*. Londres, 1846.

y Cromwell conoció no debía oponerle hombres envejecidos en la servidumbre y el vicio, sino gente persuadida de su causa; en suma, las armas con que la Francia de 1793 triunfó de la escéptica Europa. Por lo tanto alistó los suyos entre los independientes, esto es, personas que querian libertad de conciencia, y que reconocian en cada individuo la inspiracion directa como única autoridad legítima en materia de fe, rechazando toda mediacion entre el hombre y Dios. Este punto, una vez resuelto, estimulaba mucho mas que la frialdad calvinista, la cual aborrecia á los republicanos y anabaptistas tanto como á los católicos, y declaraba respetar á los gobiernos establecidos. La fuerza de Cromwell consistió en el entusiasmo, por cuyo medio organizó á los indisciplinados, y formó tropas regulares y devotas y que ejercitó del mejor modo, especialmente infundiéndoles una poderosa confianza en sí mismos; excluyendo á los débiles, entregándose al entusiasmo, invocando al Espíritu Santo en medio del fragor de las armas. Este debía ser el escuadron modelo, y de él salieron, en efecto, los oficiales, que en el resto del ejército infundieron igual fanatismo. En él las oraciones y las alusiones bíblicas ó cristianas eran continuas; se mandaba hacer fuego *en nombre del Señor*; de la Biblia se tomaban el santo y seña, y en las paradas se entonaban himnos y salmos.

Durante la guerra se buscó apoyo en los otros dos reinos. El parlamento formó (1643) un *convenant* con Escocia, la cual vivía como independiente y regida por leyes propias, y se obligó á abolir el episcopado en Inglaterra y á reunir las Iglesias de ambos reinos. Cárlos apeló á Irlanda y le dió un armisticio, de modo que pudo llamar de allí todas las tropas y reunir las en Oxford, nuevo centro de su partido. Pero Cromwell le atacó resueltamente.

Este no tardó en ascender á teniente general; en cuyo puesto atrajo á sí las miradas de Inglaterra, mucho mas despues que hubo vencido á los realistas y salvado á Londres, enseñando á dar esos grandes golpes que deciden de las campañas, y que eran extraños á la tiebieza calvinista. Sintió entonces despertarse su ambicion; Pym y Hampden, jefes del parlamento, habian muerto; los generales eran sospechosos y se dejaron derrotar. Á su vez el parlamento se convenció de que nada tenía que temer ya por parte del rey, y si de este nuevo poderoso. Hallándose compuesto de calvinistas, enemigos de Cromwell, se trató de perderle, y no siendo posible, se propuso la paz al rey; pero la obstinacion de Cárlos impidió que se realizase.

Los empleos del gobierno y del ejército se encontraban todos en manos de hechuras del parlamento, que en efecto lo podia todo. ¿Cómo arrancarle esta autoridad? Cromwell se atreve á poner en ejecucion uno de los actos mas decisivos y cuyo feliz éxito dependia del estado de entusiasmo de las tropas. « ¿ Se eternizará esta guerra? El reino murmura, dice; nos llama